

SEGUNDA PARTE

I

Rodeada de Rafael, del administrador y de los dos escribientes, terminaba la Nona en una papelera del despacho de la hacienda su correspondencia con la capital: una carta á la superiora del Colegio en la que le daba cuenta de su mejoría, en la que mandaba cariñosas memorias á sus condiscípulas y maestras, y á sor Noeline muy especialmente; pues con la enfermedad, habíanse aumentado más todavía, las amistades de la religiosa y de la chiquilla.

—Ponle recuerdos de nuestra parte,— exclamó Rafael en broma.

Y la Nona los puso, contentísima de agasajar á su amiga:

—“.... Ah, madre, también hágame usted favor de saludar á sor *Noelina* de la parte de papá, de la de don Andrés, el administrador, y de la de los escribientes, que no sé cómo se llaman....”

Esto de la carta al Colegio—que partía de la finca cada dos ó tres días—era la diversión de los de la hacienda; sobre que Nona hablaba de escribir en el despacho mismo, haciendo á un lado los libretes de la contabilidad y á los empleados que los llevaban; sobre que necesitaba pliegos y pliegos de papel hasta que la carta salía sin falta ni borrones, y no habían de hablar alto ni de empinarse á ver las hojas que se echaban á perder, ni de reírse cuando ella, atrojada y meditabunda, poníase la pluma entre ceja y ceja, como para atajar alguna palabra fugitiva, ni cuando con la lengua y el delantal se borraba de los dedos las manchas de la tinta. Luego, en su presencia

tenían que ponerle cubierta á la misiva, los correspondientes sellos de correo y muchos de lacre, en los ángulos, en el medio, haciendo que el cartapacio simulara escritura de notario ó testamento secreto. A lo último, veía por sí misma la entrega formal á un mozo de á caballo, que delante de ella montaba y azotaba al penco en el ancho portón de la casa y á galope cruzaba el patio exterior de la hacienda, sembrando alarmas en perros dormilones, gallinas con herederos y cerdos asustadizos.

—No te tardes,—gritábale la Nona desde las ventanas del despacho,— que ya es hora del tren.

Gozaba Rafael con estas ocurrencias de la Nona, porque eran prueba patente de que iba recuperando la salud. Y en efecto, qué diferencia con la primera semana en que por nada se alegraba ni nada la distraía; en que sus mejillas parecían de cera, de cristal su humor, á juzgar por lo que se lo empañaba la menor contrariedad, y de persona grande y achacosa su retraimiento y su mutismo. De sobresaltos y congojas

fueron esos primeros días, sin separársele Rafael ni Manuela. Levantábanla tarde, para que el frío de las madrugadas no la dañara; y temprano la encerraban, para que el viento de los Llanos, que al atardecer se embravece, estrellara su soplo contra los muros del inmueble y á su dueña sólo llegara el eco de su lamento, soportando en sus alas invisibles y rumbo al infinito, las confidencias misteriosas y tristísimas que arranca á su paso por las dehesas y montañas.

Caía la noche, y en las habitaciones interiores de la hacienda, que Rafael mandaba iluminar para que no vagaran por ellas sombras ni terrores, comenzaba una callada procesión de criados arreglando camas y mesa, mientras Manuela hacía poderíos por entretener á la Nona y Rafael fingía engolfarse en la lectura de los periódicos. A las ocho cenaban, acompañados de los dependientes y del administrador,—cuya familia se hallaba temporalmente en un pueblo cercano,—y á las nueve y media ó diez cada mochuelo á su olivo. En una misma

estancia, dormían la Nona, Manuela y Rafael; pues la chica, amén de otros quebrantos, padecía de insomnios y había menester de vela encendida y de gente que le conversara. De suerte que cuando empezó á dormir y á comer y á reírse; cuando sus colores reaparecieron y sus carnes aumentaron y el humor mejoró del todo; cuando una mañana, muy de mañana despertó la Nona canturreando, en discurso á gritos con Manuela porque no atinaba á encajarle las medias, Rafael dió de barato lo últimamente sufrido, cargó con ella en brazos y en triunfal paseo la mostró á dependientes y servidores y la llevó á todos los lugares, cual si por su resurrección, de nuevo la adueñara de todo aquello que suyo había de ser.

Rápidamente, con el ansia que de vivir tiene la niñez, recobró su salud la Nona. Con la salud de la Nona, la hacienda entera recuperó su regocijado aspecto de colmena monstruo; y como la época de las lluvias se vino encima, diríase que hasta las sementeras se alegraron.

A partir del medio día, cubriase el cielo de nubarrones plomizos que se desgarraban entre sí, que se metían los unos dentro de los otros, se abrazaban, se huían, volvían á juntarse. Los hombres, los animales y los campos entraban en un religioso silencio; los sembrados se ponían á temblar, como doncella que aguarda al bienamado; los árboles no movían ni una rama, ni una hoja, y de repente, ¡zás!, allá en la cresta de los montes, cual si los hiriese un gigantesco eslabón, nacía un rayo, el primero, y el trueno rodaba desde las quebradas aquellas con estruendo formidable de carro despeñado. En seguida, otro y otro y cien, cruzando la atmósfera oliente á humedad, por rumbos diversos; los truenos sonoros, imponentes, dos y tres á un tiempo, en colosal concertante de grandeza. Después, unas gotazas cayendo con fuerza de proyectil, y á continuación un diluvio, una catarata de agua que azotaba la tierra, inclinándose á un lado, inclinándose á otro; el conjunto esfumado como tras una cortina transparente de obra de magia, y á poco, la

inundación que corre, que se esparce y forma arroyos, cría lagunas, reúne charcos, y en busca de los bajíos se va entonando su glú, glú de náyade. Bruscamente, la lluvia cesa, disminuye, pára; la tierra agradecida, exhala un exquisito perfume que á nadie es dado imitar; los animales, en sus respectivos lenguajes, se llaman y felicitan; las sementeras se sacuden coquetamente imitando á los árboles, y á lo lejos se escucha el río crecido y decidor; si aun es hora, asómase el sol, sonrío y desaparece, si no, la noche saca su manto de buen tiempo, el estrellado, y codiciosamente tapa el espectáculo; de las charcas y lagunas brotan los cantos de las ranas; miríadas de luciérnagas se encienden y persiguen, y el hombre del campo piensa en su cabaña, en su familia, se siente amoroso y feliz, ve de antemano á los chiquitines que lo esperan, la pobre cena humeante, las sábanas blancas, los brazos de su valiente compañera de trabajos.

Rafael entonces se enternecía, estrechaba á Nona, la interrogaba:

—Dime, ¿me quieres mucho? ¿vivirás conmigo siempre, aunque te cases?...

Y por más que la Nona, entre las carcajadas que soltaba de considerarse casada, le asegurara que sí, que lo quería mucho y nunca había de dejarlo, Rafael experimentaba un doloroso vacío. Decididamente no basta el amor de los hijos, la mujer es indispensable y necesaria con defectos y todo; el resto halaga, sí, acaricia, endulza, pero jamás como la mujer, cualquiera que ella sea, así sea una Amparo. Lo que es él no podía pasársela solitario, vamos, que no podía. Consigo mismo se encolerizaba, proponiéndose en cuanto regresara á México buscar lo que únicamente se halla con dincro, no una mujer, una hembra que nos engañe pero que nos ahorre la soledad y el abandono. ¿Quién había de enamorarse de él? ¿de quién iba á prendarse él sabiéndose al dedillo en su experiencia de tronera las perrerías femeninas? Antes de que el pensamiento disolvente tomara precisa forma, desentendíase de él, de que lo llevaba bastante hondo, y arteramente, engañándose

á sí propio,—supuesto que sin apelar á extraños labios los suyos murmuraban el temido y adorado nombre en todos los lugares y á todas las horas,—preguntaba á Nona:

—Bueno y tú ¿á quién prefieres de tus maestras?...

—Yo á sor *Noelina*—replicaba Nona sin tardar.

Estremecíase Rafael; cerraba los ojos, quién sabe si para no delatarse por ellos ó para reconcentrarse en la sacrílega evocación. Como á la Nona una vez en este terreno, nadie la contenía, le sobraba tela de donde cortar, Rafael no se oponía, que si ella gustaba de tal asunto él gustaba mucho más. En ocasiones, se arrepentía de promover la charla; era una atrocidad de marca mayor, mas en su ayuda saltaba el sinnúmero de razones de mala ley de que á voluntad disponemos para disfrazar ante nosotros mismos nuestros actos reprobados, ¿qué culpa tenía él de que Nona á propósito de cuanto con el Colegio se refería, mencionara á sor *Noeline*? ¿acaso él se la mentaba

directamente? ¿no sería peor callar y dar motivo con ello á que se le despertaran sospechas que quizá harían añicos su immaculada pureza? Y la Nona, inocentemente, continuaba:

— Si vieras qué buena es y cómo me quiere? En el Colegio hay una niña grande que dice que parecemos novios, tú dirás?... Y no creas, nunca nos hemos dado un beso, porque no es permitido; pero lo que es las manos sí se las cojo y se las aprieto con todas mis fuerzas, así, mira....

Y le apretaba á Rafael las suyas, que se contraían cual si la monja, en carne y hueso estuviera ahí, prolongando el demoniaco y sabrosísimo contacto....

Decir las luchas cruentas porque Rafael había atravesado! En un principio, á raíz del alivio de Nona, bautizó de gratitud el pecaminoso afecto; creyó estimar igual á sor Noeline que á la superiora y á las demás religiosas; supuesto que todas habíanse desvivido por su hija, él, en retorno, por todas se desvivía y á todas significó su agradecimiento por conducto de la superiora.

Si con sor Noeline estuvo más expresivo debióse á la especie de intimidad que con la Nona la ligaba, pero sin pasar de ahí,— ¡Dios lo librara!— y sus sinnúmeros misticismos de rico ignorante, apercibíanse dentro de su casi inhabitado cerebro á empeñar la batalla.

Primero, lo acometía la vanguardia: frases trucas de su catecismo de rapaz; interpretación casera del Fleury de la escuela; reminiscencias de besos dados en manos y sotanas de eclesiásticos, de arrodillamientos en plena calle, descubierta la cabeza, ante la rápida visión de un carruaje particular que conducía á un sacerdote muy arropado y á un sacristán á su frente con un farolillo encendido; reminiscencias más precisas aún, del día de su primera comunión, una mezcla de interna dicha, de lágrimas de su madre, de fragancia de cirios, de incienso y de ropas nuevas, y luego, su casa regada de flores, una moneda de valor debajo de su pozuelo de chocolate, y amigos invitados, sus condiscípulos predilectos, y en un rinconcito de su pecho de niño, ansias

secretas de irse, ¿á dónde....? pues á ese otro mundo de que tanto hablaban y que él no podía ni imaginárselo; reminiscencias más precisas todavía, de los días cuaresmales en que con el colegio entero escuchó sermones y tomó ceniza, entre maldades é irreverencias, ¿ya?.... Por en medio de los rayos de este hermosísimo arco-iris que el catolicismo tiene para conducir amorosamente á la infancia hasta los abrojos y penas que las otras edades traen consigo, asomado el castigo, el ángel malo que desde el silabario nos asusta en su forma bestial, con cuernos y garras, alas disformes de murciélago, peludo, con rabo como lengua de serpiente y afiladas pezuñas de cabro; el que azota sin entrañas ni misericordia, devora y tuesta, acecha, afianza y huye con su presa....

Después de la vanguardia, acometía á Rafael el grueso del ejército: lo visto, oído y ejecutado cuando adulto; sus primeras sensaciones genésicas, sus primeros escarceos amorios; la prima joven y linda,—infaltable en los primeros idilios de todo

hombre,—á quien perdidamente adoramos y acariciamos so pretexto del parentesco y que pasa por nuestra alborada de juventud derramando inocencias y rosas,—á semejanza de Ofelia,—y como caudal nos deja íntimos presentimientos asustadizos de lo que serán las mujeres, un perfume vago de evaporada esencia y un desmayado anhelo de encontrárnosla á la larga, junto á nuestra madre, cuando hayamos arrojado todo lo que poseemos en este proceloso mar de la vida y á ellas volvamos en busca del último abrigo y del cariño postrimero....

También acometía á Rafael el recuerdo de sus viajes. Por cada ciudad más, una ilusión menos; por cada placer, un dolor que no se advierte al pronto pero que con el tiempo se encona; por calles y alcobas, un reguero de monedas y de pedazos de corazón; por buques y trenes, rápidas amistades, existencia instantánea de pueblos y afectos, una mezcla de idiomas, rostros é ideas que nos roban lo nuestro y lo mutilan y deforman; los olvidos imprescindibles de persignarse esta noche, de rezar mañana al

despertar y de oír misa el domingo; las impiedades toleradas y aún repetidas por quedar bien delante de un grupo anónimo; el lento disminuir del sentido religioso; los indiferentismos por cuanto hasta entonces supusimos sagrado; el diablo de nuestro silabario avejentado, sin crédito, objeto de carcajadas y burlas. Como única defensa, —¡oh, Rafael lo recordaba perfectísimamente,— atado á su cuello por su propia madre, un pobre escapulario de trapo, muy deshilachado, dejando ver algo de las reliquias que encerraba, mas tan milagroso, que á él le debió no perecer en un remedo de naufragio y á que en el barrio turco de Constantinopla no lo escabecharan unos asiáticos.... Su culto á tal reliquia, á lo que ella simbolizaba, era la prueba mejor de que si católico nació moriría católico, con todos los auxilios, arrepentido y contrito. No negaba, por no poder negarlo, que se había descuidado, ni más ni menos que la mayoría de los fieles masculinos, que van dejando para más adelante, lo que obligatorio es para toda época.

Al llegar aquí, le acometían los místicismos rezagados, un tiro que otro, pero certero: su mal manejo durante su matrimonio, su escandalosa viudez, su afición al juego y á las mujeres, su abandono de las prácticas piadosas; remordimientos imprevisos, propósitos poco duraderos de enmienda, una firme creencia de que, continuando así, sería castigado. Era el salto atrás, á su niñez, al diablo de su silabario; eran temores fugaces al tremendo "no ser"; el que no evitaría ni con sus dineros de rico sino enmendándose y viviendo á las derechas....

Por eso mismo, en un principio, supuso fuese gratitud á sor Noeline lo que en realidad era otro afecto, incurable mientras no se sacia. No dió sin embargo su brazo á torcer; hasta para confesárselo á sí propio resistióse y pateó, hallóle adecuada salida que lo satisfizo:

—No señor, ¿cómo ha de ser amor? es una tentación, eso es, una tentación!

Y como tentación resolvió curársela. ¿Qué se imponía antes que nada? Huírla,

huírla y siempre huírla. Pues á ello. Y en cuanto Nona se mejoró un tantico, á la hacienda fué á encastillarse, allí, dentro de sus montañas, en sus antiguos dominios, donde mandaba en absoluto, donde tenía recias murallas para defenderse y ancho campo para huír. Con esto y con el escudo de su Nona desafiaba á lo peor; por lo que seguro de su triunfo, se despidió francamente de las monjas y sin saber cómo, quizá por hermohear su discurso, escapósele una frase que empurpuró las mejillas de sor Noeline y que á él le brotó con espontaneidad admirable:

—Hermana, muchas gracias de nuevo por sus cuidados á mi hija, á ellos debe su vida; es usted más poderosa que la muerte y enfermo que usted cuide no morirá nunca.

Y por segunda vez desde que la conoció, á pesar suyo la miró de lleno, bañándose en los ojos de la religiosa que no articuló palabra.

Pero el remedio no surtió dentro de la hacienda; allí la tentación implacable y tenaz también lo perseguía, lo mismo entre

los celajes de los crepúsculos que entre las corolas de las flores, entre las "pencas" de los agaves que entre las trancas de los corrales, en lo más poético y en lo más prosáico; lo mismo en las aguas del río que en las cuentas del administrador, en el charlar de la Nona que en el pavoroso graznido, á la media noche, de algún ave de mal agüero.

Rafael no se penetraba de que sólo borrándose la del pensamiento la borraría de todas partes; y era que como por propia voluntad no la acogía en el pensamiento, es decir, como para arrojarla de él, incesantemente pensaba en ella, empezaron á alarmarlo fuera de medida la persistencia de la tentación y la inutilidad del antídoto. Ideó entonces,—dada la completa cura de Nona,—consagrarse á un ejercicio corporal excesivo, trabajar de veras, desde el alba hasta el anochecer, rendir el cuerpo.

Allá se iba, en su overo favorito y brioso, acompañado de un charro ya viejo en el mundo y en la hacienda, su maestro de equitación, sanote á pesar de sus largos sesenta

años, de piernas de acero para el caballo y vista clara y escudriñadora de gavilán. Marcos Peña llamábase el tal, y de peñas en efecto parecía formado; malas lenguas decían que había sido en sus mocedades asaltante de diligencias y destripador de liberales, pero, vaya usted á saber!.... El hombre sí tenía avinagrado el gesto, hondas las arrugas y cerdosa la barba; un señor chirlo que le cogía media cara; muy liviana la mano para la *reata* y el machete, y un pulso para la pistola y el rifle, que daba gusto. Por lo demás era fiel á carta cabal, había salvado á la madre de Rafael en cierta ocasión en que se desbocaron las mulas del coche, y con "el amo,"—según llamaba todavía al padre de Bello,—debió de andar en líos de política en los buenos tiempos de las revoluciones, á juzgar por las confianzas que le dispensó siempre y por el cariño que le profesó hasta sus últimos días. Carecía Marcos de esposa y de hijos, idolatraba á los caballos, comulgaba todos los años con singular fervor y desempeñaba las importantes funciones de mayordomo de

campo. Quería á Rafael entrañablemente y á la Nona, vaya, que ni siendo perro hubiérala querido más.

Encantado con la ocurrencia del "niño," desde las cuatro de la mañana alistaba á los caballos con femeninas delicadezas que ellos agradecían tirándole mordiscos, entrece rrando los ojos é hinchando las narices, cuando él se les acercaba con su tilma *embrocada*, á apretarles los cinchos y acariarles el anca y los encuentros. Relinchaban los brutos, rascaban sus cuellos contra Marcos, se sacudían, y estribos y cabezadas imitaban el sonido de campanas con rajaduras.

Antes de que los peones entonaran el "Alabado," Marcos, de espuelas ya, llegábase de puntillas á la puerta del cuarto de Rafael:

—Niño Rafaelito, niño Rafaelito, ya es muy tarde....

Luego de escucharse rumor de abluciones Rafael salía, muy embozado también, con traje de charro bien llevado, frotándose las manos y arrojando vaho entre las palabras del saludo:

—Caramba, Marcos, hoy se te adelantó el reloj ¿no ves que todavía hay luna?....

—Válgame, niño, *esque* luna!.... mire su mercé pa allá, pal monte, ¿no ve cómo despunta la gracia de Dios?

En un periquete ajustábale á Rafael las espuelas; cerciorábase por segunda vez de si la silla del overo no estaba floja; después reconocía su prieto *cuatralbo*; se echaba á la espalda el delantero de la tilma y sujetaba el estribo derecho de la montura del patrón, á fin de que éste montara sin el menor riesgo. En seguida montaba él y emparejándosele, salían ambos, entre dos luces, conteniendo á las bestias alborotadas. Pasada la puerta que caía al campo, Rafael no podía vencerse, hincábale la espuela al overo,—que daba un bote peligrosísimo para otro menos ginete,—y le gritaba á Marcos:

—Anda, viejo, háblale al prieto!...

Amo y criado corrían, corrían desesperadamente uno, dos kilómetros, hasta que entraban en calor, y los caballos sudosos y cubiertos de espuma, se aquietaban. Mar-

cos, entusiasmado, volvía á ser el maestro:

—Ráyelo, niño, ráyelo; que meta bien las patas!—decíale á Rafael dándole el ejemplo.

Y los animales, parados de improviso, tascaban el freno; el hocico abierto y al aire los dientes, tan de veras metiendo las patas, que con ellas rayaban más de una vara sobre la arena. Luego cogían su tranco, su paso largo y cómodo de caballos *campiranos* tendían el cuello, y como si con sus orejitas llevaran el compás de la marcha, según las enderezaban y agachaban alternativa y rítmicamente, volvían la hermosa cabeza á un lado y otro del camino.

Para disfrazar Rafael su afán de cansancio y de olvido, habíase propuesto realizar una inspección general de las labores de la hacienda, desde los linderos más lejanos á los sembrados vecinos de la casa. Una tarea pesada; recorrer ocho "sitios," examinar milpas, trigales, cebadales y magueyeras, magueyeras sobre todo, la gran fuente de riqueza de la finca. Comenzaron por lo más lejano, allá, detrás del cerro; una caminata que requería sus cuatro horas,